



Jeromin

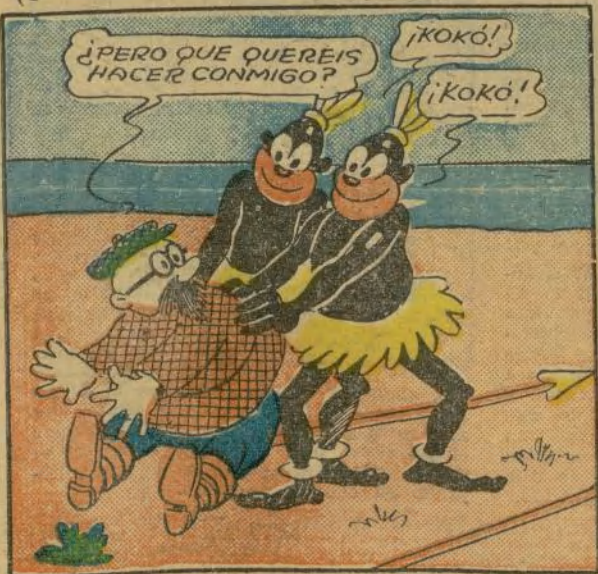
10 cts

VI.—NUM. 298

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)
MADRID.—ALFONSO XI, 4.—APARTADO 466

24 de enero de 1935

LA OCURRENCIA DEL EXPLORADOR.





Resumen de lo publicado: Desde el momento en que Sir Roger llegó a la "Posada del Buho Blanco", el misterio comenzó a cernerse sobre aquel viejo caserón. Tomás, un muchacho que servía en la posada, descubrió a un hombre amordazado dentro de un saco. El posadero castiga la curiosidad del chico, y uno de los hombres de Sir Roger entra gritando: "¡El saco está vacío!"



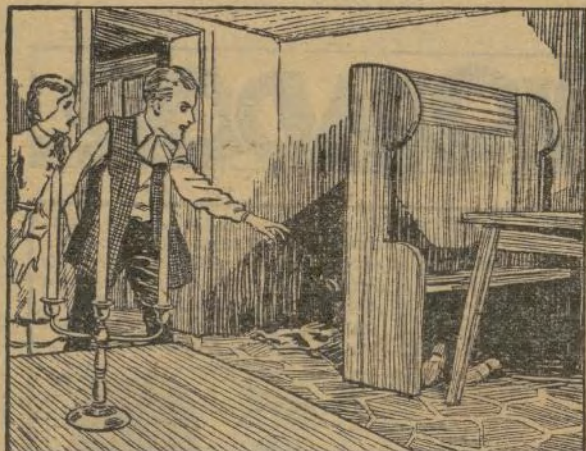
"Nuestro pájaro ha volado", gritó Jameson corriendo hacia la puerta de la cocina. Sir Roger dejó escapar un espantoso grito de rabia, y corrió también repitiendo: "¡Se ha secapado!"



En la confusión que se originó, Natán Lear soltó a Tomás y se encaminó hacia la puerta que daba al vestíbulo. "¡Oyes, Anita?", murmuró el joven. "¡El hombre del saco ha huido! ¡Quisiera saber dónde se halla!"



Del vestíbulo partían gritos coléricos. "¡Registradlo todo!", rugía Sir Roger. "¡No dejéis nada por remover! Ese pájaro ha de caer otra vez! ¡Qué hacéis ahí, pasmados! ¡Buscad por todas partes! ¡No puede estar lejos!"



Tomás y Anita salieron de la cocina con un visible gesto de satisfacción. ¡Ojalá se haya podido alegrar!, exclamó el muchacho. De pronto se interrumpió y, cogiendo del brazo a Anita, señaló con el dedo debajo de un banco.



Allí, debajo del banco, asomaban un par de zapatos. "¡Silencio!", murmuró Tomás, y su compañera se llevó una mano a la boca para contener un grito de alarma. ¿Quién podría ser aquel intruso que se había metido en la casa?



La joven buscó amparo en su compañero, y éste, encaramándose en una silla, descolgó de la pared una vieja arma y, poniéndose en defensa, gritó: "¡Salid fuera de ahí!" Un intenso silencio se siguió por un momento; se alzó el bulto, y apareció un hombre.



"Aparta ese arma, muchacho. No pretendo nada malo", dijo el desconocido con voz señorial. Tomás quedó atónito al apreciar la extraña semejanza que había entre aquel hombre y Sir Roger. "Déjalo que se marche", suplicó Anita. "Yo te lo pido".



Había, ciertamente, una luz de bondad en los ojos de aquel señor, que difería mucho de la cruel mirada de Sir Roger. Tomás bajó el arma. "Gracias, muchacho", dijo el desconocido. "Ahora debéis esconderme. ¡Que no me hallen aquí!"



Un grito de Anita, que se había acercado a la puerta, cortó sus palabras. "¡Pronto; que vienen!", murmuró emocionada. Tomás abrió un viejo armario practicado en la pared de la habitación, e invitó al desconocido a entrar.

EL CASTIGO DEL TRAIDOR

Un árabe caminaba por el desierto; iba sucio, roto y mal vestido, y en su cara se adivinaban el hambre y los sufrimientos. El misero caminaba pesadamente en busca, sin duda, de alguna ciudad donde hallar amparo y protección. Moría ya la tarde cuando el viajero solitario vislumbró, a lo lejos, las torres y minaretes de un gran poblado. Pero las fuerzas le faltaban, flaqueaban sus energías, y a la vista de la ciudad tan deseada, el árabe cayó junto a una pal-



mera, también solitaria, que se alzaba en el páramo.

El hambre y la sed le atormentaban crueles, y desde lo íntimo de su alma se encomendó a Dios, pidiéndole ayuda en el trance difícil. Y sintió al instante un batir de alas sobre su cabeza que le hizo incorporarse a medias, distinguiendo parado sobre él a un pájaro maravilloso de rico y variado plumaje. Contemplaba con gran curiosidad aquel ave tan

extraña y de belleza tan deslumbradora, cuando quedó estupefacto al oír que el pájaro hablaba con una voz dulce y suave: "Eres el primer hombre que ha implorado protección debajo de la palmera donde tengo mi nido"—y prosiguió el ave: "Soy el pájaro maravilloso que reina en el desierto, y quiero protegerte." "Gracias"—musitó el hombre—. Entonces el pájaro voló sobre él describiendo círculos, y con el aire perfumado de sus alas le quitó el cansancio.

Luego el pájaro maravilloso, rey del desierto, subió hasta su nido y sacó de él varios peces dorados y sabrosos, con los que el hambriento calmó su hambre. Y en el hueco de un coco, partido en dos, el pájaro le trajo agua pura y cristalina de deliciosa frescura. Por último dejó caer sobre él múltiples hojas de palmera y le arrojó con ellas.

Al amanecer del día siguiente, el pájaro despertó al durmiente, y le dijo con aquella su voz dulcísima: "Ahora que ya has repuesto tus fuerzas, marcha a la ciudad que ves en la lejanía, preséntate al rey de la ciudad y dile que te envía el pájaro rey del desierto; el monarca de ese pueblo es mi mejor amigo y te colmará de riquezas." Hizolo así el hombre; se despidió del pájaro y llegó a la ciudad, donde el rey, al saber quién le enviaba, le colmó de atenciones y le

llevó más tarde a una cámara repleta de monedas de oro y de piedras preciosas, y le dijo así: "Coge lo que creas necesario para vivir el resto de tus días y márchate sin dar las gracias."

El árabe, deslumbrado por los tesoros, cargó de ellos un saco tan pesado, que apenas podía con él, y partió de nuevo para su país. Pero era tanto lo que su avaricia le había hecho coger, que la rica carga apenas si le permitía caminar, abrumándole con su peso, y tardó cuatro días en llegar hasta la palmera donde moraba el pájaro maravilloso del desierto. Este se le apareció y le socorrió como la vez primera; el árabe hizo como que se dormía y pensó: "Tengo que hacer largas jornadas y no tengo nada que comer; este pájaro es gordo y bien cebado; con su carne me alimentaría más de diez días." Y el traidor de los ruines pensamientos cogió su lanza y atravesó de un lanzazo el cuerpo de su bienhechor.

El rey del país que acababa de abandonar el árabe se extrañó mucho de que el pájaro maravilloso no hubiera volado sobre su palacio, pues invariablemente le visitaba todos los días, y llamó a su hijo y le dijo: "Ve a la palmera donde habita el pájaro maravilloso y entérate de lo que ocurre; temo que pueda haberle causado algún mal un árabe avaricioso que vino ayer y a quien para probar su agradecimiento le dije que se marchara sin darme las gracias."



El hijo del rey adoraba al pájaro de vistoso plumaje y cabalgó al instante en su brioso corcel, seguido de sus dos mejores guerreros. Y llegó junto a la palmera, viendo al instante las plumas y la sangre de su querido pájaro. Entonces, ciego de cólera, siguió en la arena las huellas del miserable, y como éste apenas si podía caminar abrumado por el peso del oro, le atajó a las pocas horas y le atravesaron a lanzazos, dejando su cuerpo insepulto.

EL GAITERO SALVADOR

Drama en cuatro actos



A Pirulín, el ingenioso sportman, que iba recorriendo mundo con su "auto" de bolsillo, se le había desinchado un neumático y no podía continuar el viaje porque no tenía bomba para hincharlo y en aquel país no conocían más bombas que las



de incendios, que no funcionaban. Pero viendo la pipa que fumaba el ventero tuvo una inspiración súbita, y agarrando la pipa la empalmó en la gaita que tocaba el gaitero del pueblo, y aprovechando el aire desperdi-



ciado por el músico gaiteril, en menos que cantan dos gallos tuvo inflado su neumático a una presión de dos mil atmósferas, continuando su viaje placentero y bendiciendo a los gaiteros y a todos aquellos que para



trabajar tienen que pasarse la vida soplando. ¡Qué gran cosa es el ingenio y qué gran cosa son las gaitas de los gaiteros de los pueblos donde hay gaitas y donde hay gaiteros! ¡Jesús, y que gaita hemos armado!

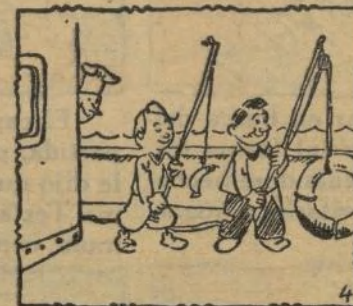
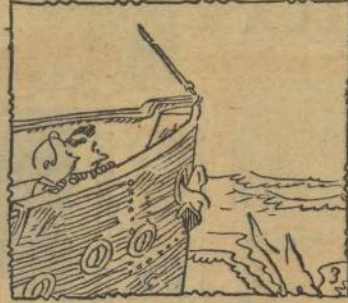
DON PONCIANO Y SUS SOBRINOS



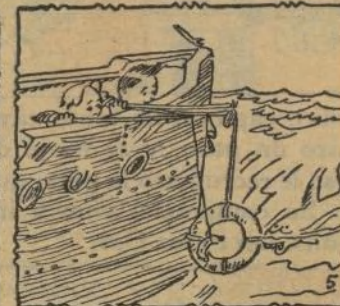
Ya recordaréis que don Ponciano y sus sobrinos regresaban a casa en el barco del amigo del tío. Don Ponciano recomendó a sus retoños que tuvieran mucho cuidado en no asomarse por la



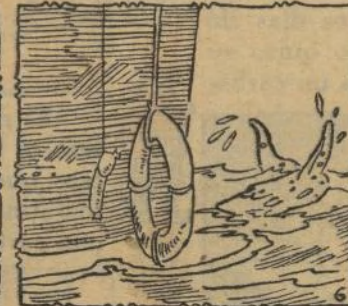
borda, porque como eran unos cabezones y la cabeza les pesaba tanto, podían caerse al agua y servir de desayuno a un terrible tiburón que rondaba por aquellos alrededores. Los rapaces deci-



dieron divertirse un rato a costa del tiburón, y ataron a la punta de unas cañas de pescar un salvavidas y una morcilla, que dejaron caer hasta



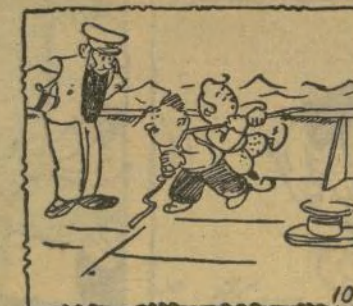
que ambas cosas rozaron las olas; su intención era educar al tiburón como a un perrito de circo, haciéndole pasar por el aro. Así que el tiburón



vislumbró la morcilla, dijo para sus aletas: "¡Por vida de Neptuno; esta es la mía!" Y dando un salto prodigioso se coló por el salvavidas en pos del anhelado embutido. Pero el tiburón no ha-



bía contado con la huésped, y la huésped fue que el salvavidas, ajustándose al cuerpo, como anillo al dedo, le impidió escapar, quedando prisionero de los muchachos, que alborozados grita-



ban: "¡Ya es nuestro, ya es nuestro!" Mas don Ponciano, que no tenía aptitudes de héroe, estuvo a punto de sufrir un derrame interno a la vista del monstruo espantable, y flotando sobre las olas

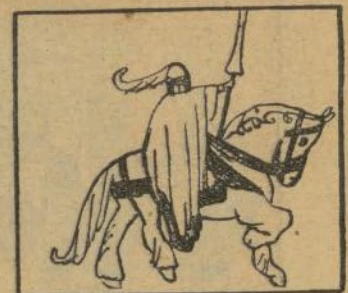


quedó el tiburón convertido en el pez más extraño que jamás vieron sus congéneres, en tanto que el buque se alejaba con los sobrinos de su tío, que estuvieron a punto de ser héroes.

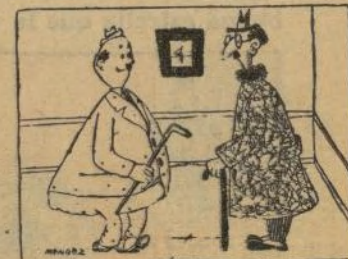


AMENIDADES

El caballero ha cabalgado sobre su brioso corcel y abraza la lanza dispuesto a lanzarse a las más terribles aventuras.



¡Vivan los caballeros! ¡Y viva el autocito de este dibujo, el jerominista de diez años de edad que nos lo envía desde Vitigudino (Salamanca).



—Mi hijo es el aviador más célebre del mundo.
—¿Por qué?
—Porque aún no ha atravesado el Atlántico.

Egipto es el único país del mundo entre cuyos habitantes abunda más el género masculino que el femenino.

El Nilo es el único río del mundo que recorre cerca de 3.000 kilómetros sin recibir agua de ningún afluente.

Este piel roja es un elegante; hacemos esta afirmación ante la vista de su porte distinguido, y podemos asegurar que es el



primer piel roja que ha usado gafas de carey. Pero es que el autor del dibujo, Julián Elorrio, que tiene 10 años y vive en Elorrio (Vizcaya), es un chico elegante y distinguido.

Cruzan el Océano Atlántico quince líneas telegráficas submarinas.



Cuento que empieza en tragedia y que termina en comedia.



Con malísima intención le prepara un resbalón.



Y se desliza el botones hinchándose de morrones.



Y el pobre, de coronilla se agarra a la campanilla.



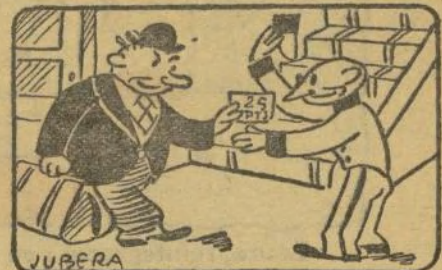
Al señor don Valentín, le despierta este "tin-tin".



Y contempla con horror que falló el despertador.



El tirón providencial le libró de quedar mal.



Y aquella intención ladina valió al chico una propina.

CASCARILLA ES UNA ARDILLA



Cascarilla llevaba varios días sin encontrar empleo, cuando quiso su buena estrella que le viera un carbo-



nero que necesitaba un chico, y le admitió en el acto. Cascarilla comenzó a cumplir su deber, que era el de atar



los sacos, y tan a conciencia lo quiso hacer que rompió la cuerda, y el carbón, impulsado con fuerza, fué a po-



nerle "negro", precisamente, al dueño del establecimiento, que dejó de nuevo a Cascarilla sin empleo.

HAZAÑAS AL ALIMÓN Y TARUGO Y PERDIGÓN



El pobre capitán, de tanto cavar en busca del tesoro, hizo un pozo, y se mojó de tal forma los pies, que se le recrudeció la gota, quedándose hecho fosfatina. Su compinche vino a invitarle a jugar una partidita con Perez Oso.



Mas no tardó en notarlo la vieja, porque en cuanto que la mula echó a andar, mamá Tecla sintió que una fuerza desconocida la impulsaba hacia el exterior, sin que pudiera hacer nada para evadirse de aquella potencia misteriosa.



El compinche arreó a su mula, y escapó a todo gas de la furia de mamá Tecla, y allá quedó el capitán, suspendido en el vacío, y pidiendo a la vieja, por todos los santos, que tuviese compasión, que él no había sido.



El capitán sintió muchísimo no poder ser de la partida, pues no podía valerse; pero el compinche le dijo que no se apurase, porque él, y sin que mamá Tecla lo notase, traería junto a la ventan su mula, como así lo hizo.



El compinche notó bien pronto que mamá Tecla les perseguía, y dió la voz de sálvese el que pueda, instando al capitán para que se apease, pero los esfuerzos de Terre-Moto fueron inútiles, porque la cola surtía sus efectos.



Los pilluelos se apiadaron de su víctima e intervinieron a tiempo cerca de mamá Tecla para que no degollase al capitán. La irascible vieja cortó con un gesto trágico la cuerda, y dió la orden: "Lléad-melo a casa, que allí verá él".



El capitán, a pesar de la gota, saltó audazmente por la ventana y cabalgó en la mula, sin notar, el infeliz, que Tarugo y Perdigon, que de nuevo habían roto las hostilidades, habían rociado de goma, marca Cemento, el lomo de la mula.



Y mamá Tecla llegó con el humor de un Miura cuando le ponen banderillas de fuego, y empuñando el cuchillo se abalanzó sobre el capitán, que más muerto que vivo, no daba por su vida ni catorce reales en vil calderilla.



Y los pilluelos trasladaron "amorosamente" al capitán hasta su domicilio, teniendo buen cuidado de darle un "carñoso" morrón contra la puerta, precisamente en la pierna izquierda, que era la más gotosa, casi un chaparrón.



Y para colmo de desdichas para el capitán, ataron al rabo de la mulita una hermosa sogá, y el otro extremo se lo calzaron a una pierna de mamá Tecla, sin que ésta, muy ocupada en las labores propias de su sexo, notase la fechoría.



Para colmo de males, los pilluelos le echaron un lazo por debajo de los hombros, y lo mismo que cubo de pozo, le ascendieron por los aires, en paños menores, mejor dicho, menisimos, porque los pantalones se quedaron pegados.



Y mamá Tecla, para premiar el buen comportamiento de los neñes, y para que los mayores aprendiesen a no ser aventureros ni malandrines, les invitó a una suculenta cena, y castigó al capitán sin comer. "¡Ah, cuando me cure!" (Continuá)

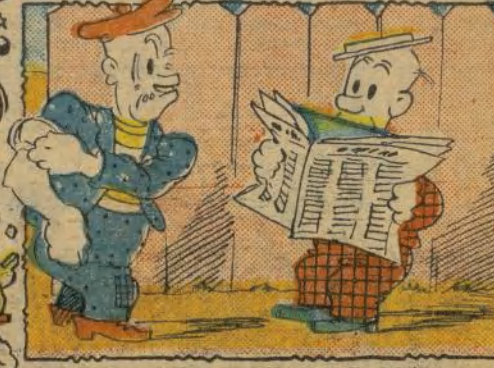
REPOLLO CARA DE BOLLO



A Repollo le había salido un "querido" enemigo, que siempre que se le echaba a la cara le tenía que sacudir



un morrón con sangre. Repollo ya estaba harto de capones, a pesar de ser tiempo de ellos, y como viera llegar



a su querido enemigo con las intenciones de siempre, se puso una tabla detrás del periódico que fingió



leer: "Qué felicidad"—pensó el querido enemigo—; ¡vovoy a meter el periódico por las narices... y, ¡zas!, ya veis cómo lo metió.

Risa para la semana con "Laura" la charlatana



Laura, reintegrada a su hogar, seguía en él con la cantinela del anuncio que ya no podía olvidar ni por las malas.



Don Fielato, que tenía un sueño espantoso, comenzó a desvelarse; gracias a los gritos de Laura, que no paraba un instante.



—Esto no hay quien lo aguante—gritaba don Fielato—, y cogiendo una bolsa decidió meter en ella a Laura y pisotearle las plumas.



Como lo pensó lo hizo; mas cuando se disponía al pateo plumífero llegó doña Fielata, que comenzó a recriminar a su esposo.



—¡Canalla, sinvergüenza! ¡Cara de came-llo! ¿No te avergüenzas de querer matar a la cotorrita, que tanto dinero nos ha traído?



Y don Fielato pensó, yéndose a dormir desesperado: "Es preferible que chille la cotorrita; por lo menos, no insulta". Y tapó a Fielata.

Resumen de lo publicado: Antonio es un huérfano a quien maltrata su tutor, el trapeceista Bepo. Lo encuentra tomando café con sus compañeros, después de un día de trabajo, y le increpa:

COMPANEROS DE CIRCO



"¿Qué haces aquí?, le preguntó ásperamente. "Siempre ocioso como un holgazán! Vete al carro y arregla los trastos." Antonio se marchó seguido de Bepo. "¡Pobre chico!", dijo Lola. "¡Le está dando una vida de perros!"



"Prepárame café", gruñó Bepo cuando llegaron al carro. "¡Y mira bien lo que haces!" Toni hizo el café, y cuando Bepo se sentó a tomarlo, el muchacho sacó del arca el calzado de su tutor y se puso a limpiarlo.



Cuando Bepo acabó de tomar su café, se levantó de la mesa y dijo al muchacho: "Retira el servicio y lava los platos. ¡Y otra vez que salgas del carro después de anoecer, me vas a oír!" Antonio puso agua caliente en un balde y se puso a lavar la vajilla.



Bepo acabó de vestirse para ir al circo, y dijo a su pupilo: "No te olvides de lo dicho, o yo haré que te acuerdes para siempre. ¡Eres un granuja que no sirves para nada bueno!" Se veía que Bepo estaba de peor humor que nunca.



A Antonio le temblaban las manos mientras oía la reprimenda, y, sin poderlo evitar, se le cayó al suelo el jarro que estaba limpiando, haciéndose añicos. Con un grito de ira, Bepo cogió un cinturón, avanzó hacia el muchacho y le empezó a pegarlo cruelmente.



Minutos después, cuando Bepo se alejó, Antonio cayó de rodillas; la indignación le subía a los ojos en llanto, pero se contuvo, pensando: "Llorar es de cobardes". Y se mordía los puños gritando: "¡No quiero, no quiero!"



Se levantó, al fin, desolado, y acabó de arreglar la habitación. Sobre la mesa había café y comida, pero no los tocó. "Bepo me dijo que no saliese; pero yo no puedo menos de salir". Y una extraña resolución le brilló en los ojos animados por un destello de audacia.

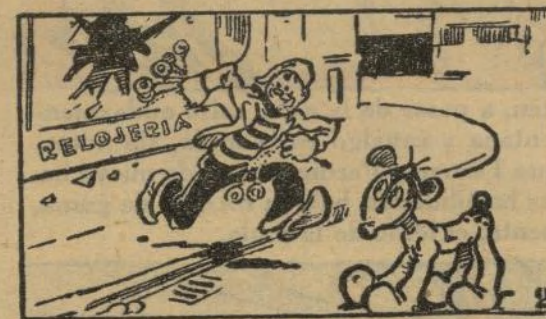


A Antonio le entusiasmaba el circo. Tenía gran ilusión por ser un artista como lo había sido su padre. Cada noche solía deslizarse cautelosamente hacia el gran entoldado, y veía las funciones por un agujero. Aquella noche salió como siempre y oyó un grito.

EL PERRITO VAGABUNDO



El "Pitrafas" decidió dar un atraco a una relojería, y como el pollo así que pensaba una cosa la ponía en práctica, agarró un cascote de la



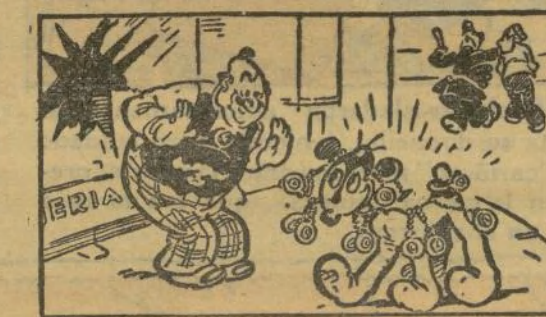
via pública y, ¡zas!, dejó a la luna que parecía que se había pegado de morrones con las estrellas colindantes. El "Pitrafas" huyó con el producto



de su robo, que eran unas cuantas docenas de relojes, dejándose únicamente los relojes de cuco, porque para eso ya era demasiado. Pero el



"Pitrafas" no había contado con el perro policía "Patitas", y "Patitas" estiró las idenas y le echó al "Pitrafas" una zancadilla con vistas a la Casa



de Socorro. El "Pitrafas" entró en barrena y capotó con el torrao sobre los adoquines, mientras el "Patitas", colgándose todos los relojes, llegó con ellos a la puerta del atracado.

CUENTO CHINO



El chinito llevaba para su amo un apetitoso pollo asado: "¡Oh, amigo del alma—le dijo Chin-Chon-Chin—, déjame aunque no sea más que tres chunetas;



tu amo no lo nota aunque yo lo lama un poquito". "¿Por qué no te lames una alpargata?"—le respondió el chinito—. Entonces Chin-Chon-Chin dijo



señalando al cielo: "¡Oh, mira cuántos pollos volando!" y el chinito levantó la vista, su coleta tocó al suelo, y Chin-Chon-Chin arrastró la nariz para vol-



car el tarro de cola que llevaba y dejar al chino imposibilitado para moverse. Y Chin-Chon-Chin, con toda tranquilidad, se anodó del pollo.

DON SIMPLÓN Y DINAMITA



Los heroicos policías descubrieron en el agua del arroyo donde concluían las huellas del feroz bandido una sospechosa mancha de aceite, que denunciaba la huida en canoa.



Acompañados de nuestros amigos, los heroicos policías se encaminaron cabizbundos y meditabajos en busca de una casa, desde donde telefonaron para capturar a los bandidos.



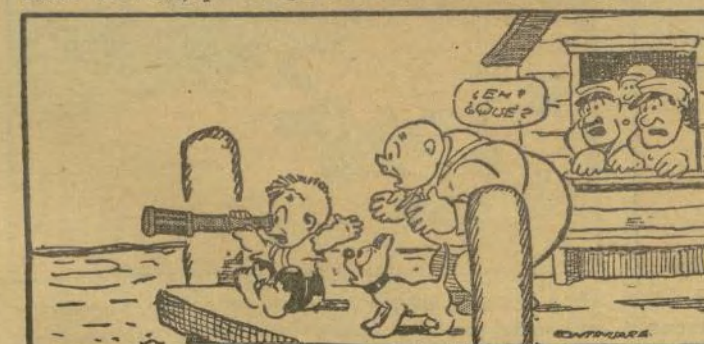
Pronto vislumbraron una casita y corrieron en dirección a ella, con ánimo de reclamar desde allí el auxilio que necesitaban para poder capturar al feroz bandido.



El dueño de la casita era un buen hombre, que reflejaba en su cara todas las amarguras que producen el haber pasado ya el sarampión, y amablemente les ofreció su casa.



Los heroicos policías, seguidos del viejo, que ya había pasado el sarampión, entraron en la casa, y tan sólo quedó fuera el bestia del nene, que se apoderó de un catalejo de larga vista.



Y de pronto el bestia del nene lanzó una exclamación: "La lo he vito, la lo he vito". Y a los heroicos policías y a don Simplón no les cupo duda; el nene lo había descubierto.

BAJO EL IMPERIO DEL TERROR

AVENTURAS DE UNOS MUCHACHOS EN EL PARÍS REVOLUCIONARIO

CAPITULO XXV

Bajo el imperio del terror

Cuando Gerardo, escondido detrás de la panzuda pipa, vió bajar a la bodega a los guardias de la patrulla, se dió por perdido. En cuanto al tabernero, ante aquella irrupción de vándalos, temió por la suerte de sus pipas; pero haciendo de la necesidad virtud y para salvar sus vinos de más precio, dirigióse hacia una barrica de tinto corriente, y soltando la espita y llenando un buen vaso, prorrumpió en esta generosa invitación:

—Ea, muchachos; por el triunfo de la revolución y la muerte de todos los aristócratas, ¡a ver si me dejáis vacía esta pipa!



za y entregarse; pero en aquel instante oyó una voz que le decía muy bajito:

—Aguanta un poco más.

La sangre corrió con nueva agitación por las venas del joven. ¿Qué significaba aquella voz misteriosa? ¿Era de un amigo que quería salvarle, o de un enemigo que quería burlarse de su angustia y delatarlo, al fin? Su ansiedad creció de punto cuando oyó que el mismo desconocido personaje, volviendo la espalda al escondite del joven y encarándose con el tabernero, le decía:

—Oye, ciudadano Poteau; el aristócrata que buscamos está aquí; tú le has ocultado en alguno de estos toneles...

Al sentirse acusado, el tabernero palideció, tem-



en las puntas de sus bayonetas, cuando de pronto la linterna que iluminaba la estancia se vino al suelo, haciéndose añicos y dejando la bodega en completa oscuridad. En seguida, y mientras el tabernero y los guardias comenzaban un nuevo coro de imprecaciones y reniegos, Gerardo sintió que otra vez le tiraban del pie y la misma voz le decía:

—Levántate y seguidme cogido a mi carmañola.

Vaciló el joven un instante, pero comprendió que era el único recurso que le quedaba.

Levantóse, pues, y cogido a la carmañola de su guía, salió en la oscuridad confundido con todos, y dando vivas y mueras como ellos. Pronto advirtió que su guía se iba quedando rezagado, hasta que por fin, cuando ya todos salieron y debían

hallarse, sin duda, en la calle, Gerardo se halló a solas con su salvador en un pasillo oscuro, de donde pasaron por una puertecilla a una especie de sótano húmedo y sombrío.

—Gracias a Dios, hemos llegado—dijo el desconocido—. Sentaos y descansad un instante.

—¿Quién sois?—preguntó Gerardo.

—Estáis en la vivienda de un pobre sastre, que es el que tiene el honor de hablaros.

—¡Amigo mío!, os debo la vida. ¿Con qué podría pagaros?

—Con que me hagáis el favor de descansar un momento y de disponer de cuanto poseo y puedo como os plazca.

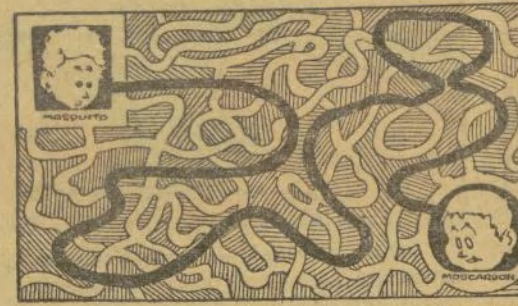
(Continuará.)

PASATIEMPOS

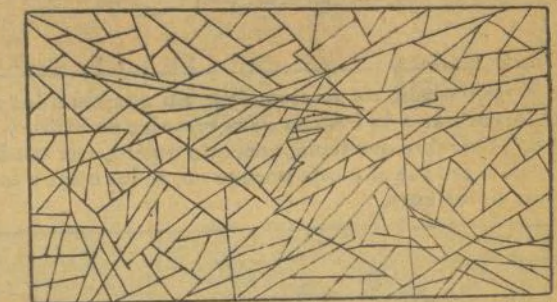


Combinad las letras iniciales de las cosas dibujadas y con ellas formad el nombre de un famoso torero español.

SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR



El trazo negro os indica el camino que siguió "Mosquito" para encontrar a su primo "Moscardón".



A ver si entre este lío de rayas sois capaces de destacar, pintándola de negro, la silueta de un payaso sentado.

X	X	X	1	1
X	X	X	X	X
X	X	X	X	X
X	X	X	X	9
				2 0

He aquí los números que hay que tachar para que los tres que quedan sumen 20.



ANDANZAS DE GATO FELIX



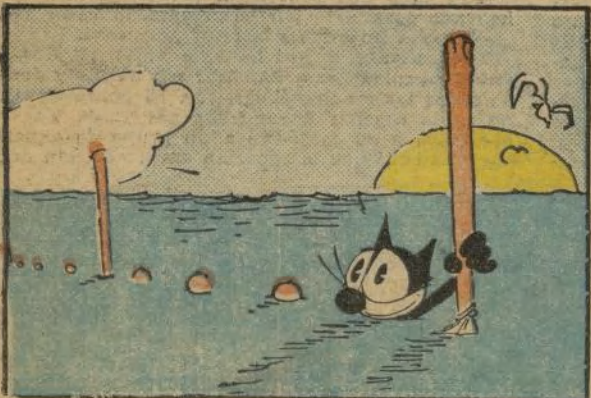
Félix, sin cesar de nadar, pudo por fin agarrarse a una de las boyas de salvamento, pero no dejó de comprender que como siguiese unas horas más en aquella situación no se salvaba ni con boyas, pues le atenazaba el hambre.



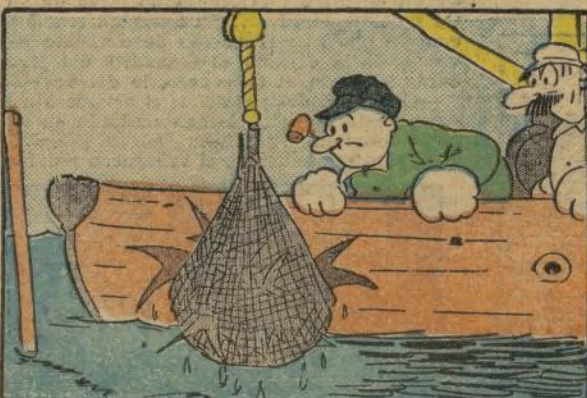
Y viendo la negra suerte que le esperaba, se puso a atisbar el horizonte, poniéndose la mano a modo de visera, como había visto hacer a todos los naufragos que salen en las películas y en los libros de aventuras y naufragios.



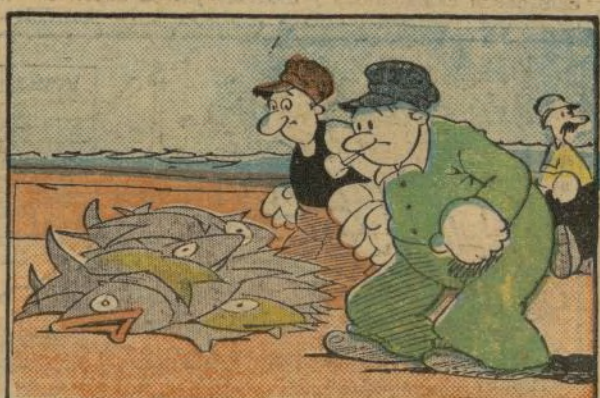
⊙ Pero se llevó una decepción muy grande, porque a pesar de ponerse así la mano y a pesar de que suspiró tres veces diciendo: "¡No hay salvación para mí!", no llegó nadie a salvarle, y el único barco que pasó, pasó de largo, sin verle.



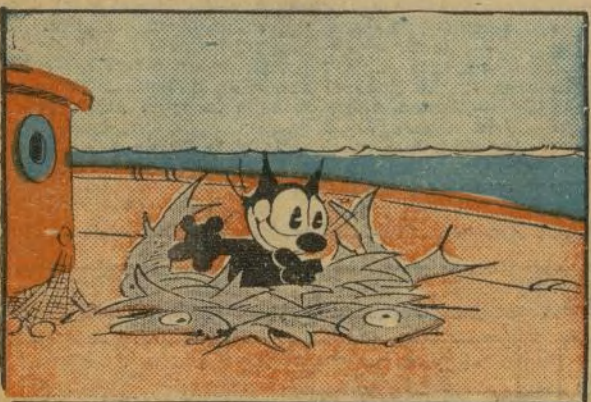
Entonces abandonó la boya, pensando que le daba mala espina aquella boya, y nadó hasta unos palos que pudo ver a unos metros de su embarcación improvisada. Pronto descubrió que se trataba de las redes tendidas por unos pescadores.



Y siguiendo la red, pronto dió con el barco, que llegaba a la pesca del atún, y subió al barco sin ser visto por los marineros, que en aquellos momentos celebraban, alegres, su fortuna, porque la red subía llena de ricos atunes.



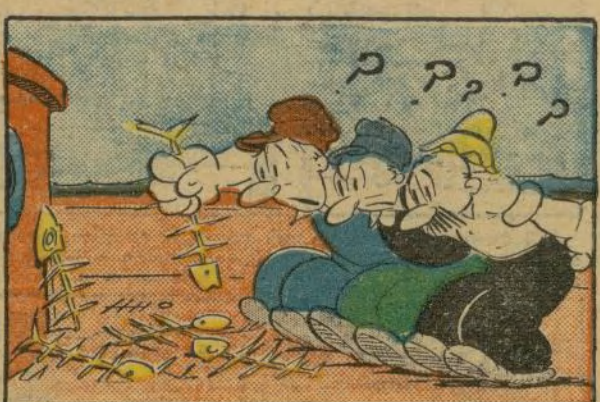
Los pescadores se regocijaron mucho, porque aquellos atunes eran de un tamaño poco común, y no sólo los iban a vender a buen precio, sino que, además, ganarían el premio de cinco mil pesetas, ofrecido a la mayor docena de atunes.



Félix salió de su escondrijo así que vió a los marineros irse a la bodega para remojar su éxito, y era tal el hambre que tenía, que, este quiero, este también y este porque sí y este porque no, se los tragó; a todos en un instante.



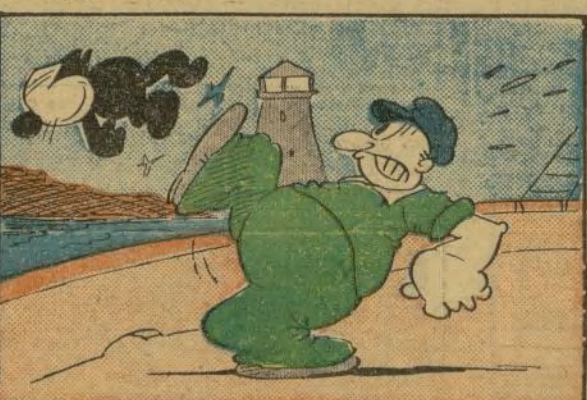
Un marinero llegó a decirle al capitán que ya estaba el puerto a la vista, y el capitán tuvo que dejar la partida de tute en que estaba engolfado, sintiéndolo mucho, pues ya tenía preparada una trampa para cantar las cuarenta.



Y alegres y jubilosos los marineros, se dirigieron al lugar donde se hallaba su hermosa pesca, y lanzaron un grito de terror y de ira al comprobar que algún miserable traidor, ladrón y maldito, había dejado nada más que las rasas.



⊙ Los marineros se pusieron a buscar por el buque al causante de su ruina, y el capitán descubrió bien pronto a nuestro querido y simpático gato, que se había tendido, amablemente, para reposar aquella digestión tan agradable.



"¡Este ha sido!"—rugió el capitán, que era más bruto que pegar una patada a una pared de cemento—. "¡Este ha sido!" Y agarrando al gato lo dió varias vueltas sobre su cabeza, y le asestó un puntapié en el..., bueno, allí.



⊙ Félix salió despedido como un cohete, por obra y gracia del puntapié de aquel pedazo de bárbaro, y fué tal la fuerza del zapatazo, que el gato, describiendo una curva elegante, vino a dar donde quería; ¡en tierra! ¡Ya estaba en tierra firme!

(Continuará)